

Resumen Ampliado

Características sociodemográficas y composición y dinámica de las familias como una de las dimensiones de la vulnerabilidad de los hogares en Argentina a comienzos del siglo XXI*

Laura Golovanevsky*

Una versión digital del artículo completo puede ser descargada por usuarios registrados en la página de la Asociación Latinoamericana de Población (www.alapop.org)

Introducción (antecedentes generales)

El estudio de las variables de población es uno de los aspectos a considerar al analizar la vulnerabilidad social, ya que el crecimiento demográfico y la estructura etaria influirán sobre la disponibilidad, distribución y uso de los recursos de la sociedad. Puede hablarse entonces de vulnerabilidad demográfica, correspondiente a un conjunto de características demográficas de las unidades domésticas que en una sociedad moderna limitan la acumulación de recursos. Se espera que la vulnerabilidad demográfica se asocie con otras manifestaciones de desventaja social, lo que da surgimiento al concepto de vulnerabilidad sociodemográfica.

Las unidades domésticas en situación desfavorecida presentan riesgos sociodemográficos, que son eventos, procesos o rasgos que dificultan la realización de proyectos comunitarios, domésticos e individuales o coartan derechos. De esta manera, ven dificultadas o limitadas sus opciones para acceder a la posesión de activos en una sociedad moderna.

El trabajo se propone entonces vincular las características sociodemográficas de los hogares con la situación de vulnerabilidad de los mismos. En este sentido, interesa conocer la dinámica de la unidad doméstica porque ésta ofrece una oportunidad para comprender mejor el impacto de los procesos extra-domésticos sobre la vida familiar.

* Propuesta de Trabajo a ser presentado en el III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, ALAP, realizado en Córdoba –Argentina, del 24 al 26 de Septiembre de 2008.

* CONICET y Facultad de Ciencias Económicas (Universidad Nacional de Jujuy)

Antecedentes

La familia

Las familias han enfrentado importantes cambios en las últimas décadas: transformaciones demográficas, aumento de hogares con jefatura femenina, crecimiento de la participación económica de las mujeres, y la emergencia, en el plano simbólico, de nuevos modelos de familia (Arriagada 2001). Es que las tres dimensiones de la definición clásica de familia -la sexualidad, la procreación y la convivencia- han experimentado profundas transformaciones y evolucionado en direcciones divergentes, de lo que ha resultado una creciente multiplicidad de formas de familia y de convivencia (Jelin 1998). Otras transformaciones tienen que ver con la reducción en el tamaño medio de la familia (debido a la declinación del número de hijos y al mayor espaciamiento entre ellos), la disminución de los hogares multigeneracionales y el aumento de los unipersonales, así como también el incremento en la proporción de hogares de adultos mayores (debido a la mayor esperanza de vida de la población) y de hogares sin hijos. (Arriagada 2001).

En lo que respecta a las uniones, se observa una creciente incidencia de divorcios y separaciones, así como una mayor tendencia de las parejas a optar por uniones consensuales (inclusive sin convivencia habitual) por sobre el matrimonio formal (Chant 2002). Además, la salida de las mujeres al mundo del trabajo, al darles la posibilidad a más mujeres de obtener su propio dinero, y a su vez al proveerles la independencia que viene asociada a la incorporación de otros roles diferentes a los reproductivos, ha tenido un importante efecto sobre las pautas de formación y sobre la dinámica de las familias (Wainerman y Geldstein 1996). En cualquier caso, la familia, como institución social que regula la sexualidad legítima, los patrones matrimoniales, la conyugalidad y la fecundidad está atravesada también por los patrones del divorcio y de la separación, así como por las normas de transmisión intergeneracional del capital social y económico (Jelin 2005).

Jefatura femenina

Tradicionalmente se ha asociado jefatura femenina del hogar con mayores niveles de pobreza del mismo. En general en los países latinoamericanos hubo una tendencia hacia el aumento de los hogares monoparentales femeninos, resultado relacionado con el aumento de la soltería, de las separaciones y los divorcios, de las migraciones y del aumento de la esperanza de vida. También influye la mayor participación económica de las mujeres, que en algunos casos les permite autonomía para constituir hogares sin pareja. El aumento de las familias monoparentales implica menor cantidad de adultos a cargo de la crianza y so-

cialización de los niños, que son tareas crecientemente complejas en sociedades cada vez más heterogéneas. Esto usualmente implica una sobrecarga para la mujer jefa de hogar. (CEPAL 2005)

El aumento del número de hogares conformados por mujeres solas con hijos puede considerarse un fenómeno de transición en dos sentidos: por un lado, en el curso de vida de las mujeres, esta situación puede ser de transición hacia la formación de una nueva pareja; por otro lado, en la temporalidad histórica, se trata de una transición hacia nuevas formas de familia, más abiertas y alejadas del modelo nuclear completo. (Jelin 1996)

De todas maneras, como señala Geldstein (1996), los hogares monoparentales con jefa mujer o las familias reconstituidas no son arreglos novedosos en los sectores populares, sino que la crisis económica ha incrementado su presencia.

La vinculación entre jefatura femenina del hogar y pobreza se ha vuelto en la actualidad un punto de debate. Quienes apoyan la idea de una relación positiva entre hogar con jefa mujer y pobreza y una mayor vulnerabilidad de estos hogares apuntan hacia tres tipos de factores. En primer lugar, en los hogares con jefas mujeres, aunque el tamaño puede ser menor, la tasa de dependencia puede ser mayor, dándose en muchos casos la situación de que toda la responsabilidad del sostenimiento económico del hogar caiga sobre la jefa. En segundo lugar, la condición de mujer implica por lo general menos acceso a recursos productivos, y por ende menores ingresos laborales. En tercer lugar, al tener la responsabilidad doméstica muchas veces las mujeres jefas de hogar deben tomar empleos que les permitan cumplir su “doble jornada”, lo que suele implicar trabajos peor remunerados y/o más precarios. (Acosta y Solís 1998)

Sin embargo, mientras que algunos estudios muestran pobreza extrema en hogares con jefa mujer, otros concluyen que la jefatura femenina no predice una probabilidad de pobreza por encima del promedio. Hallazgos recientes muestran que, en términos de ingresos, los hogares encabezados por mujeres no son necesariamente los más pobres entre los pobres. Es decir, como mínimo debe admitirse que la relación entre jefatura femenina del hogar y pobreza del mismo no es sistemática. (Chant 2002)

Tamaño del hogar y vulnerabilidad

Los valores de tamaño medio del hogar para Argentina son bajos en relación a otros países de Latinoamérica, cuyo promedio oscilaba entre 4 y 4.5 miembros, pero son aún elevados en relación a los países desarrollados (García y Rojas 2001). El tamaño medio de los hogares también varía según el nivel de ingresos. Por ejemplo, en el Gran Buenos Aires

para 1999 el tamaño medio de los hogares del primer quintil era de 4.7 miembros, frente a un promedio de 2.6 miembros en los hogares del quinto quintil de ingreso familiar (Arriagada 2001). Se registra una tendencia a la formación de familias cada vez más pequeñas, tendencia influenciada mayoritariamente por el crecimiento de hogares unipersonales, monoparentales y de parejas sin hijos (Wainerman y Geldstein 1996).

La relación entre tamaño del hogar y vulnerabilidad, sin embargo, puede verse desde otro ángulo. En su investigación sobre familias de sectores populares urbanos en México, Selby *et al.* (1990) encuentran que mientras la propaganda oficial aboga por una familia pequeña, argumentando que vive mejor, las familias estudiadas viven la experiencia opuesta. Entre los entrevistados predomina la idea de que una familia pequeña tiene la desventaja de que los hijos no pueden ayudarse unos a otros. En las familias numerosas, en cambio, los hijos mayores pueden trabajar mientras los más jóvenes se dedican a los estudios. En las familias de menor tamaño, los niños tienen que trabajar y estudiar al mismo tiempo, lo cual en general les impide alcanzar una buena educación.

Tipo de familia y vulnerabilidad de los hogares

El tipo de familia refiere a los arreglos familiares y no familiares, dentro de cada hogar, a partir de las relaciones de parentesco entre sus miembros con respecto a una persona de referencia, que es aquella considerada como jefe/a del hogar. El uso de esta clasificación de los distintos tipos de familia remite a la perspectiva de las llamadas estrategias familiares de vida (Torrado 1998).

Tanto el envejecimiento de la población como la reducción de la fecundidad dan lugar a un cambio en la importancia de los distintos tipos de familia. El mayor peso de los hogares nucleares y extensos se va desplazando hacia los unipersonales y compuestos. La creciente proporción de personas adultas y ancianas en la población implica una disminución de los hogares jóvenes y un aumento de los hogares de personas mayores y con ellas. Mientras que hasta hace algunas décadas era costumbre que el/la anciano/a viudo/a conviviera con alguno de sus hijos/as y la familia de este/a último/a, conformando hogares de tres generaciones (extensos), este patrón ha sido reemplazado por otras formas, siendo más habitual encontrar parejas de ancianos que viven solos, hogares unipersonales y hogares no nucleares (por ejemplo, hermanas ancianas viviendo juntas). (Jelin 1996)

Debe tenerse en cuenta que las diferentes formas de vivir en familia se vinculan de manera estrecha con los ingresos de la población. La vida cotidiana en familia se corresponde con la población de menores ingresos, mientras que entre quienes tienen más recur-

tos económicos se expresa con mayor frecuencia la tendencia a la individuación. (Wainerman y Geldstein 1996)

De todas maneras, la familia nuclear sigue siendo la forma de coresidencia más generalizada. Esta tendencia hacia la nuclearización resulta una expresión más de la individuación, privilegiando la independencia respecto de los mayores y la privacidad. Paralelamente al proceso de individuación, la tendencia hacia la familia nuclear también se asocia a la creciente urbanización, la reducción en el tamaño de las viviendas y el relajamiento de las tradiciones familiares de responsabilidades recíprocas entre parientes (especialmente en cuanto a la protección de los niños huérfanos, las mujeres solas y los ancianos). (Wainerman y Geldstein 1996)

La fragilidad de las uniones conspira contra la acumulación de capital social, puesto que la inestabilidad impide desarrollar vínculos íntimos con la familia política, y de esta forma no permite ampliar la red de manera consistente. Además, entre los hogares más desfavorecidos son escasas las probabilidades de transferencia de activos mediante instituciones como el matrimonio, pues las parejas suelen tener un acervo similar de activos (Villa y Rodríguez Vignoli 2002). En muchos casos, es la propia inseguridad económica la que dificulta la estabilidad de los vínculos, al obligar a una búsqueda permanente de medios de supervivencia, que puede implicar mudanzas o separaciones familiares, a la vez que este tipo de situaciones angustiantes sin duda genera malestar dentro de las uniones.

El diferimiento de la primera unión, la mayor incidencia de la cohabitación y de la procreación fuera del matrimonio, así como un aumento en la disolución de uniones y en la importancia de las familias reconstituidas (o ensambladas) son parte de las características de la denominada segunda transición demográfica. En Argentina, la edad a la que tiene lugar la primera unión, si bien no es excesivamente baja (23 años) en relación a otros países latinoamericanos, se ha mantenido estable por más de veinte años. Por lo que la postergación de la primera unión, como rasgo de transición demográfica, no puede afirmarse. La unión (legal o consensual) continúa siendo una alternativa fundamental en las vidas de hombres y mujeres, aún en el contexto de otros cambios demográficos y socioeconómicos, aunque debe reconocerse que existen diferencias entre sectores sociales y también entre áreas urbanas y rurales. En general, patrones de uniones más tempranas corresponden a sectores sociales más pobres, tanto en ámbitos urbanos como rurales, y a aquellos con menores logros educativos. (García y Rojas 2001)

Los hogares extendidos continúan siendo un fenómeno importante, aún dentro de una tendencia generalizada hacia la nuclearización. Si bien están presentes en general en los gru-

pos de menores ingresos, estos arreglos parecen ser capaces de evitar que el hogar caiga en situaciones de extrema pobreza (García y Rojas 2001). Para el conjunto de los países latinoamericanos, la constitución de familias extensas y compuestas ha mostrado ser una estrategia familiar de supervivencia, un mecanismo adecuado para incrementar los recursos económicos de que dispone el hogar (CEPAL 2005).

Ciclo de vida doméstico y vulnerabilidad de los hogares

El ciclo de vida doméstico se refiere a las diversas fases o etapas por las que suelen pasar los arreglos familiares, desde la constitución de un núcleo inicial (pareja con o sin hijos), pasando por su crecimiento hasta la disolución de dicho núcleo o su dispersión en nuevos núcleos y arreglos familiares.

Si bien hay relación entre la pobreza y la conformación del grupo doméstico, ésta no es lineal. Resulta mediatizada por la tasa de dependencia, la que a su vez está ligada a la etapa del ciclo de vida doméstico. Entonces, en un mismo estrato social, son los hogares jóvenes y los de ancianos los que tienen mayor número de dependientes y menor capacidad de generar ingresos múltiples. En el caso de núcleos consolidados, con hijos que ya han crecido y pueden incorporarse a la fuerza de trabajo, existe mayor capacidad de generar ingresos. Así, la noción de ciclo de vida doméstico ayuda a entender cuáles son los hogares con más probabilidades de salir de la pobreza en épocas de bonanza, o de resistir mejor en momentos de crisis económicas. (Jelin 1998)

Un hogar en etapa de expansión es una unidad “desequilibrada” en términos económicos, puesto que hay muchas más bocas que alimentar que brazos para trabajar, generar ingresos y realizar las tareas domésticas. Cuando se pasa a la etapa de consolidación, la presión económica disminuye, hay equilibrio entre generadores de ingresos y consumidores. En la fase de dispersión, en cambio, puede volverse al desequilibrio económico, puesto que son generalmente los miembros adultos y económicamente activos los que se van del hogar para formar el suyo propio, dejando a padres maduros que son económicamente inactivos o que ganan salarios bajos. De esta manera, los niveles de pobreza están fuertemente influidos por el ciclo doméstico. (González de la Rocha 1986)

Existen algunas estrategias particulares que pueden modificar el ciclo doméstico. La formación de familias extensas es una de ellas. Al incorporar nuevos miembros por medio del matrimonio de los hijos adultos, que continúan viviendo en el hogar paterno, no se pierde un trabajador sino que se gana otro, y al mismo tiempo, se ayuda a la nueva pare-

ja a vencer las dificultades que implica instalar una casa. En estos casos, la familia aplaza su fase de dispersión. (González de la Rocha 1986)

En la fase de consolidación puede ocurrir que las mujeres jefas ya no tengan que trabajar fuera de la casa, o que los jefes varones puedan ocupar puestos de mayor precariedad, en los que su edad no resulte una limitante, como por ejemplo serenos u otros similares. Todo esto es posible porque ya hay otros miembros que tienen ocupaciones remuneradas. (González de la Rocha 1986)

Entre 1990 y 2002 se observa un aumento en la proporción de familias en etapas de consolidación y dispersión, que se explica por el envejecimiento poblacional. Argentina registra una de las mayores proporciones de hogares en esta situación entre los países latinoamericanos, con 25% de familias en etapa de salida de los hijos y 13% de parejas mayores sin hijos, según datos del año 2002 para el total urbano. (CEPAL 2005)

Objetivo (Definición del problema y objetivo del trabajo)

Los últimos treinta años se han caracterizado, en América Latina en general y en Argentina en particular, por una sucesión de crisis económicas, acompañadas por inestabilidad política, incremento de los índices de criminalidad y temor y multiplicación de desastres naturales. Además, en la última década se han producido en la Argentina estallidos sociales que no responden a una conducción política organizada, ni en términos del sistema tradicional de partidos, ni en relación a los sindicatos.

Desde un punto de vista socio-económico estas últimas tres décadas en la Argentina han mostrado gran variabilidad en el producto, persistencia de la pobreza, escasa capacidad para absorber el progreso técnico, dificultades para generar puestos de trabajo de buena calidad y altos índices de desocupación, desprotección y precariedad laboral.

Así, de cara al siglo XXI, la sociedad argentina se encuentra frente a una encrucijada: cristalizar la desigualdad, relegando a situaciones de marginalidad y exclusión a una parte importante de su población, o buscar un modelo que permita una vida digna al conjunto de sus habitantes. Subyacente a este dilema se encuentra el problema central de la distribución de recursos en una sociedad.

Por todo lo señalado, se puede hablar de la configuración de escenarios de riesgo cada vez más cotidiano, y de creciente incertidumbre. En ese contexto, la noción de vulnerabilidad aparece como una forma pertinente de abordar teóricamente las nuevas realidades, complementando a la noción de pobreza como herramienta analítica para la compren-

sión de los fenómenos sociales. Una de las dimensiones de la vulnerabilidad es la demográfica. En ella se concentra el presente trabajo.

Se parte de la composición y dinámica de las familias, reconociendo su importancia en la capacidad de los hogares para adaptarse a cambios en el entorno externo. Es que tanto la composición del hogar como su estructura, y la cohesión de sus miembros juegan un rol en su capacidad para movilizar trabajo adicional. Además, los hogares son instituciones adaptativas, que pueden sumar ingresos y otros recursos, actuando como activos de seguridad en tiempos de dificultad económica, brindando soluciones mucho antes que llegue ayuda externa a ellos.

Para estudiar la composición y dinámica de las familias como uno de los aspectos de la vulnerabilidad de los hogares se analizan en primer lugar diversas variables demográficas, como la edad y el sexo del jefe de hogar, para hacer hincapié en aquellas situaciones que colocan a los hogares en situación de vulnerabilidad. En segundo lugar, se examina la estructura de los hogares, su tamaño, la presencia de menores y de ancianos y las tasas de dependencia. En tercer lugar, y vinculado a lo anterior, se aborda el nucleamiento de los hogares. Para complementarlo, se analiza el ciclo de vida doméstico.

Metodología (las fuentes de información, métodos y principales resultados esperados)

En todos los casos se utilizan microdatos de la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) realizada en la Argentina en el año 2001. La ECV-2001 fue realizada por el Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales (SIEMPRO). Fue diseñada para proveer información que aportara a la caracterización actualizada de las condiciones de vida de la población urbana de Argentina. Si bien tiene la desventaja de haberse realizado en un año particularmente complejo desde el punto de vista de las condiciones socioeconómicas del país, representa una fuente de información muy valiosa debido a los temas sobre los que indagó y a su representatividad regional y nacional. Dado que investigó sobre temas no abordados desde ninguna otra fuente de datos con presencia de todas las provincias, brinda una oportunidad excepcional para los estudios sociales.

La ECV-2001 se realizó en base a una muestra de alrededor de 26.000 viviendas urbanas de todo el país. En cada vivienda seleccionada, se identificaron los hogares que la ocupaban y se recabaron datos de la vivienda, de los hogares y de sus miembros. El universo de la muestra abarcó a la población residente en localidades de 5.000 o más habitantes. La misma representa aproximadamente el 96 por ciento de la población urbana del país, y

el 84 por ciento de la población total. El trabajo de campo tuvo lugar en casi la totalidad de las jurisdicciones en los meses de julio y agosto de 2001.

El total de unidades primarias que componen el marco es de 109 centros urbanos de un total de 419 del universo muestreado. De estos últimos, 36 fueron incorporados con probabilidad uno, o certeza de selección. Dichas localidades, que están por lo tanto “auto-representadas”, comprenden a cada uno de los centros urbanos con más de 100.000 habitantes, más algunos de tamaño intermedio en algunas regiones con menor concentración de población. Las restantes localidades fueron estratificadas y seleccionadas por procedimientos aleatorios

Se realiza un análisis exploratorio en base a, fundamentalmente, tablas de contingencia. Se tiene especialmente en cuenta la perspectiva regional, aunque sin desconocer que ésta puede ocultar diferencias intrarregionales o intraprovinciales severas.

Para la definición de tipos de familia se sigue a Forni (1982) y en lo atinente al ciclo de vida doméstico se utiliza una clasificación en base a González de la Rocha (1986) y Forni (*ob. cit.*)

Con este trabajo se espera obtener una aproximación a la situación de vulnerabilidad de los hogares desde el punto de vista de sus características sociodemográficas, permitiendo una mejor comprensión de cómo se comportaban las familias en situación de mayor desprotección en Argentina a comienzos del siglo XXI.

Resultados preliminares (resultados ya obtenidos)

En Argentina para el año 2001 sigue prevaleciendo el modelo de hogar con jefatura masculina, aunque puede discutirse este resultado debido al sesgo de género presente en el relevamiento mismo de la información. Las mujeres predominan como jefas de hogar en edades avanzadas, aunque en algunas regiones, particularmente las más postergadas, como NOA y NEA, es llamativamente alta la proporción de mujeres jefas en el grupo de 15 a 24 años y, en general, en todos los grupos etarios.

Aunque la asociación entre jefatura femenina y pobreza dista de ser lineal, cuando la monoparentalidad se asocia a bajos niveles de instrucción y mercados de trabajo con predominio de inserciones precarias, como es el caso de NOA y NEA, puede esperarse que la acumulación de desventajas genere mayor vulnerabilidad.

En general, las mayores tasas de dependencia se asocian a jefes en edades centrales, tanto varones como mujeres, aunque con una incidencia algo mayor entre estas últimas. En

los hogares con jefa mujer de 25 a 44 años la tasa de dependencia promedio alcanza 103.4%, es decir, igual cantidad de activos que de dependientes, lo que asociado a las tasas de desocupación, a los niveles de precariedad laboral y a los bajos ingresos configura situaciones de elevado riesgo. El cuadro es más grave si se tiene en cuenta que en NOA, NEA y Patagonia, los hogares con jefa mujer y con tasas de dependencia de 150% y más representan alrededor del 15%, frente a 9.7% en el total del país.

La jefatura femenina tiene mayor incidencia en los hogares de menor tamaño. Por otro lado, el tamaño medio de los hogares es particularmente elevado en NOA y NEA. En general, los jefes con bajo nivel de instrucción lideran hogares de mayor tamaño que sus pares con niveles de instrucción más elevados. Además, los hogares más numerosos se concentran en los quintiles más bajos de la distribución del ingreso per cápita, mientras que menos del 1% de los hogares de 8 miembros o más pertenecen al quintil más alto de la distribución del ingreso per cápita y menos del 2% al cuarto quintil.

Tanto el tipo de familia como el ciclo de vida doméstico se vinculan a patrones demográficos y socioculturales, tales como la nupcialidad, la fecundidad, la mortalidad, prácticas culturales de convivencia o cohabitación, y a las condiciones materiales de vida y el nivel socioeconómico de los miembros del hogar o de la familia. Ambos conceptos, tipo de familia y ciclo de vida doméstico, permiten identificar hogares en mayores condiciones de vulnerabilidad, con mayor riesgo de exclusión social y que pueden facilitar la reproducción intergeneracional de la pobreza.

En general en Argentina prevalece el modelo de familia nuclear, mientras que los arreglos más complejos (como familias extensas y compuestas tipo I) corresponden a uno de cada cinco hogares. También es elevada la proporción de hogares unipersonales, la mayoría de ellos con jefatura femenina, como muestra de la mayor soledad matrimonial en este grupo a medida que crece su edad.

Pese a la tendencia al crecimiento de las uniones consensuales por sobre el matrimonio legal, éste aún está presente en casi ocho de cada diez familias elementales completas. Las familias extensas, por su parte, suelen corresponder a arreglos domésticos de sectores populares, para amortiguar los gastos de una vivienda urbana, obtener economías de escala al compartir consumos y garantizar el trabajo doméstico a partir de la mayor presencia femenina en el hogar.

Los núcleos completos en expansión, por lo general los más vulnerables en términos del desequilibrio entre consumidores y generadores de ingresos, corresponden a una cuarta parte del total de hogares. En estos casos, una mayor presencia de uniones consen-

suales agrega a esta vulnerabilidad las desventajas de la inestabilidad que suele caracterizar a este tipo de uniones. Los núcleos completos en expansión se concentran en los dos quintiles más bajos de la distribución del ingreso, en mayor proporción que en el conjunto de los hogares.

Las familias han debido enfrentar circunstancias adversas en las últimas décadas, pero particularmente en los últimos años, en Argentina. Cuando sus propios recursos han sido insuficientes para mantener a sus miembros, han encontrado en primer lugar respuestas colectivas, vinculadas a las redes informales de ayuda. Debido a que la magnitud de la crisis superó en algún momento las posibilidades de algunas redes, se presentaron diferentes salidas. Una fue la disolución de los hogares, con cada individuo intentando resolver su propia supervivencia, como podría ser algunos casos de chicos de la calle o personas sin techo. Otra salida fue la colectivización del consumo, vía ollas populares, comedores comunitarios, cooperativas de consumo (tres casos que implican, en definitiva, crear nuevas redes o ampliar las existentes) o programas de distribución de alimentos. En cualquier caso, como señala Jelin (1998: 104), “el hogar en su sentido literal, el fuego común que da calor y permite preparar la comida familiar, va perdiendo su lugar cuando no hay olla ni fuego, y los chicos van a comer al comedor comunitario”.

Bibliografía citada

- ACOSTA, Félix y SOLÍS, Marlene (1998) *Jefatura de hogar e identidad femenina: un análisis de casos de hogares con jefatura femenina en Monterrey, México*. En <http://136.142.158.105/LASA98>, Latin American Studies Association.
- ARRIAGADA, Irma (2001) “Familias latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo”. *Serie Políticas Sociales 57 CEPAL*, Santiago de Chile.
- CEPAL (2005) *Panorama social de América Latina 2004*. Santiago de Chile.
- CHANT, Sylvia (2002) *Researching gender, families and households in Latin America: from the 20th into the 21st century* [online]. London: London School of Economics Research Online.
- FORNI, Floreal (1982) *Análisis de la estructura Ocupacional y los Movimientos Migratorios en la Provincia de Santiago del Estero en la década 70-80*. Buenos Aires: CEIL.
- GARCÍA, Brígida y ROJAS, Olga (2001) *Recent transformations in Latin American families: a sociodemographic perspective*. Presentado en la XXIV Conferencia General de Población del IUSSP. Salvador de Bahía, Brasil.
- GELDSTEIN, Rosa (1996) “Familias con liderazgo femenino en sectores populares de Buenos Aires”. En Catalina Wainerman (ed.) *Vivir en familia*. Buenos Aires: UNICEF / Losada.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes (1986) *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*. Guadalajara, México: CIESAS y Colegio de Jalisco.

- JELIN, Elizabeth (1996) “Familia: crisis y después...”. En Catalina Wainerman (comp.) *Vivir en familia*. Buenos Aires: UNICEF / LOSADA.
- _____, (1998) *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____, (2005) “Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales. Hacia una nueva agenda de políticas públicas”. En Irma Arriagada (ed.) *Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales. Serie Seminarios y Conferencias* N° 46. Santiago de Chile: CEPAL.
- SELBY, Henry *et al.* (1990) *El hogar urbano mexicano. Modos de defensa en época de crisis*, por Henry Selvy, Arthur Murphy, Stephen Lorenzen, Ignacio Cabrera, Aída Castañeda e Ignacio Ruiz. Traducción de *The Mexican Urban Household*. Austin: University of Texas Press.
- TORRADO, Susana (1998) *Familia y diferenciación social. Cuestiones de método*. Buenos Aires: EUDEBA.
- VILLA, M. Y J., RODRÍGUEZ VIGNOLI (2002) *Vulnerabilidad sociodemográfica: Viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas*. CELADE, CEPAL.
- WAINERMAN, Catalina y GELDSTEIN, Rosa (1996) “Viviendo en familia : ayer y hoy”, En Catalina Wainerman (comp.) *Vivir en familia*. Buenos Aires: UNICEF / LOSADA.